

En suma, podemos decir que es un trabajo sugestivo, claro, que es de fácil lectura porque está muy bien escrito, y muy bien contextualizado, tanto en la época, aportando referencias generosas sobre los Tratados para aprender a escribir, como en textos actuales. Todo ello trayendo a su estudio las aportaciones que para otros espacios y coyunturas se han hecho en monografías anteriores, y con las referencias bibliográficas sobre las realidades de otros ámbitos geográficos sometidos a realidades similares o diferentes.

Margarita TORREMOCHA HERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, *Rodrigo Calderón. La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la corte de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons Historia y Centro de Estudio Europa Hispánica, 2009, 398 págs.

La figura de don Rodrigo Calderón nos mete de lleno en la mecánica política-cortesana de la Monarquía de España durante el reinado de Felipe III. La privanza, práctica de gobierno y régimen de la vida cortesana, muestra, gracias al “caso Calderón”, algunas de sus facetas más interesantes, que son las relacionadas con el funcionamiento del segundo escalón del sistema, compuesto por los mediadores situados por debajo del valido, hechuras suyas que medran a su sombra y cuya función consiste en extender el modelo de patrocinio y negociación. De ahí el interés del libro de Santiago Martínez Hernández, que ya había acreditado su buen conocimiento del espacio áulico-político en la transición del siglo XVI al XVII con su tesis doctoral sobre el marqués de Velada. Ciertamente, es necesario conocer con más detalle la actuación de los hombres del privado para profundizar, al menos, en dos aspectos sustantivos: la mecánica interna del valimiento, en este caso de los Sandoval, y, también, la siempre compleja cuestión de determinar la percepción que los contemporáneos tenían de tal estilo de ejercicio del poder.

La elección de Martínez Hernández está llena de sentido, por cuanto ya contamos con trabajos de relieve sobre la figura de Lerma –aunque más en sombra permanezca su hijo y frustrado heredero en la privanza, Uceda– y alguno sobre Pedro Franqueza, el otro gran *broker* del sistema lealista y gran competidor de Calderón. Don Rodrigo estaba necesitado de una aproximación de conjunto, a partir de los estudios parciales o centrados en su muerte escritos hace tiempo, las crónicas de todo género impresas y manuscritas, coetáneas e inmediatamente posteriores a su ejecución y, por fin, las fuentes documentales centradas en el propio Calderón y su actividad. Eso es lo que Martínez Hernández ha manejado, ayudado por su buen conocimiento del ambiente cortesano del reinado del tercer Felipe, para construir un texto de carácter narrativo que puede incluirse en el género biográfico. No obstante, el autor muestra escrúpulos para denominarlo biografía propiamente dicha, cons-

ciente de la escasa documentación personal dejada por su personaje, lo cual le ha impedido saber todo lo que hubiera deseado sobre sus intenciones, pensamientos o visión íntima de las cosas. Además, como el mismo Martínez señala, la vida de Calderón adquirió fama e incitó a escribir sobre él a raíz de su enjuiciamiento, condena a la pena capital y ejecución. A decir de Quevedo, reproducido por Santiago Martínez (p. 338), “el refrán castellano *andar más honrado que don Rodrigo en la horca*, que otros vuelven [en] *tener más orgullo que don Rodrigo en la horca*”, resume bien esa particular imagen de Calderón, denostado y perseguido en vida, redimido por su muerte y depositario de una fama póstuma. Tan poderosa impronta, ayudada por autores de tanto fuste como el propio Quevedo, Villamediana, Saavedra Fajardo, Almansa y Mendoza, Novoa y otros muchos, ha construido una idea de don Rodrigo subordinada a su muerte. La memoria de Calderón, estereotipo de ambición desmedida y corrupción, “fue escrita por otros”, se lamenta el autor (p. 39), y quedó redimida sólo por su final, porque “la muerte de don Rodrigo Calderón fue lo que vivió y su vida no fue más que su muerte” según Francisco de Quevedo (cit. por Martínez Hernández, p. 44). A pesar de estos poderosos condicionantes, o mejor dicho, aceptándolos, el libro se plantea la reconstrucción del Calderón menos conocido, que es el que asciende meteóricamente al servicio del marqués de Denia y se convierte en pieza fundamental de la privanza de éste, ya convertido en duque de Lerma. Es, en definitiva, la historia del privado del valido del rey, el “curso de la vida de un cometa”, como el avisador Antonio de Almansa y Mendoza lo definió (p. 36).

Tras la lectura de la obra, se extraen varias conclusiones que, a mi juicio, constituyen la sustancia de la narración de Martínez Hernández. En primer lugar, destaca la extraordinaria competitividad de la vida cortesana y una endémica inestabilidad del valimiento de los Sandoval, porque la privanza como sistema de poder nunca perdió su carácter de situación excepcional. Basado en la amistad política, en un intercambio de favores, de información y de influencias, y en un reparto frenético de gracias y mercedes, el modelo lermista estuvo sometido a un constante desgaste y a una confrontación de intereses que se reproducía desde la cabeza –la relación entre Felipe III y el Duque– a otros escalones inferiores –los lazos entre Lerma y sus más directos colaboradores, como Franqueza y Calderón, y los que éstos a su vez tejieron con otros muchos–. La lucha incansable por el reconocimiento, el dinero y la influencia afectó a todos los implicados en un torbellino que generó incontables damnificados y enemigos y que acabó por minar el eje del poder de los Sandoval, como pone de relieve la participación de Uceda en la caída de Calderón y la del propio Lerma.

El libro incide, asimismo, en conceptos centrales de la cultura política de principios del Seiscientos, como son la amistad política, la creación de hechuras, la corrupción, la mediación y, naturalmente, la privanza, en tanto que epítome de todos ellos. Todos son conceptos ligados a la centralidad cortesana que Lerma impuso sobre el ejercicio del poder y que Calderón, posiblemente, extremó más que ningún

otro de sus patrocinados. Como el autor revela en muchas páginas, nadie como don Rodrigo apuró una manera de actuar que conjugaba el enriquecimiento repentino acompañado de la exhibición ostentosa de esa riqueza, la acumulación insaciable de honores y cargos, el manejo de información confidencial, el recurso a las artes más oscuras del poder, como la extorsión, el espionaje y el asesinato, la adulación hacia los superiores, mezclada con la más severa impiedad con los débiles o quienes dependían en un momento dado de su voluntad y, en fin, una mezcla típica de la época –y no sólo en España, pues debe recordarse lo que acontece en la Inglaterra de los primeros Estuardo o la Francia de Luis XIII– generadora de un tipo particular de político-cortesano altivo, ambicioso, culto y, al mismo tiempo y sin que sea contradictorio, inseguro, servil en muchos comportamientos y siempre temeroso de su destino final.

En tercer lugar, Santiago Martínez da una convincente explicación del porqué del estallido del cometa Calderón, explicación que al mismo tiempo aporta luz sobre el sentido último de la privanza. Si Calderón sufrió tan duro proceso, condena y acabó ejecutado, mientras que otras más grandes luminarias del régimen lermista salieron algo menos castigados, y sobre todo no sufrieron la pena capital, es porque de todos los implicados el marqués de Sieteiglesias fue el de comportamiento más arriesgado, o si se quiere, su posición estuvo más expuesta. Así, simplemente la pérdida del poder por Lerma le acarreo a Calderón la ruina política y cortesana en 1619, de la misma manera que en ocasiones anteriores en que había estado en peligro, como fue el proceso de Franqueza y de Ramírez de Prado en 1607 y la muerte de la reina Margarita en 1611, le había salvado la influencia de su patrón; cuando Lerma se retira definitivamente y Uceda releva, aunque sea en precario, a su padre, la suerte de Calderón ya está decidida. Aquí entró en juego, primero, la venganza política y personal, la hora del cobro de las deudas de los perjudiciados y, después, la oportunidad para Felipe IV y los Haro-Zúñiga-Guzmán, de marcar distancias con el viejo régimen lermista y pregonar que nuevos tiempos de honradez pública y buen gobierno se adivinaban. En este sentido deben entenderse los procesos civil y criminal de don Rodrigo, las penas económicas, la supresión de los honores y títulos, la dureza de su cautiverio y, como epílogo, su ejecución en la Plaza Mayor de Madrid, tras el ominoso silencio cobrado por las peticiones de clemencia.

Pero aún más importante para el trágico desenlace de la carrera de don Rodrigo fue su fracaso en establecer lazos estables con los grandes linajes castellanos. Mucho tardó en alcanzar un hábito militar y títulos y, lo que resultó peor, no consiguió emparentar con las familias más añejas y poderosas, y por ello no contaron los Calderón con valedores de peso. En último término, las brillantes relaciones cortesanas y políticas de Calderón, que incluyeron a potentados de España y otras partes de la Monarquía y de Europa entera, se volatilizaron en la hora suprema de salvar la vida al condenado. En contraposición con el marqués de Sieteiglesias, Lerma, Uceda y hasta Franqueza sí tuvieron ese último seguro contra la pena de muerte. Puede decirse que al fracasar en su intento de ingresar en la aristocracia, don Rodrigo se

quedó solo una vez que la política le fue adversa y se le cerraron las puertas de la influencia cortesana. Su castigo extremo sirvió como ejemplo, tanto a quienes lo promovieron, sus enemigos y la facción emergente al comienzo del reinado de Felipe IV, como a sus antiguos amigos, y dejó muy claro que, al final, las estructuras nobiliarias eran más resistentes que las cortesanas y las políticas, efímeras y cambiantes por definición.

Estas son algunas de las conclusiones más relevantes que se deducen de la lectura del texto de Santiago Hernández. El autor ha optado por un estilo narrativo en el que prima la sucesión de acontecimientos sobre el análisis y nada se puede objetar a esta elección, sobre todo porque su escritura es impecable, encaja las fuentes con oficio y domina recursos discursivos que dan como resultado un producto de gran calidad. A quien firma esta reseña le hubiera gustado encontrar más análisis sobre el fenómeno del valimiento y la cultura política que lo sustenta, pero esto es más una opinión personal que una crítica, dado que la manera elegida para tratar el tema por Hernández Martínez es tan válida como otras y, además, invita al lector a que sea él quien extraiga las conclusiones, a partir de la sólida trama narrativa que él nos ha tejido con esmero.

En suma, estamos ante un buen estudio de historia político-cortesana, necesario por el tema, atractivo por la manera en que está desarrollado y sugerente en tanto que incita a otros del mismo tenor sobre figuras de ese segundo nivel del mundo de las privanzas aún pendientes de atención. Sólo cabe indicar la molesta presencia de algunas erratas –pocas– del texto y, en particular, dos detalles de la cubierta, poco habituales en editor tan cuidadoso. Uno afecta a la disposición del título, que induce a la confusión al lector poco avisado entre el nombre del biografiado y el autor de la biografía. Y el otro tiene que ver con el magnífico retrato ecuestre de Calderón pintado por Rubens en 1612, que se muestra silueteado y a todo color, pero con la imagen invertida respecto al original, tal y como se puede ver en blanco y negro en la página 170. Ninguno de estos descuidos empaña un buen libro como el escrito por Santiago Martínez Hernández.

Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ
Universidad de Valladolid

RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coord.), *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica-Red Columnaria, 2009, 546 págs.

No es fácil hablar de una obra de conjunto que recoge 21 estudios, pero este que vemos aquí no es el caso. El libro coordinado por J.J. Ruiz Ibáñez es un compendio integro, y que pese al número de autores mantiene una clara coherencia y un objetivo durante la mayor parte de sus páginas. En esta obra no vemos una imagen